

Armonía

Amanda Vega

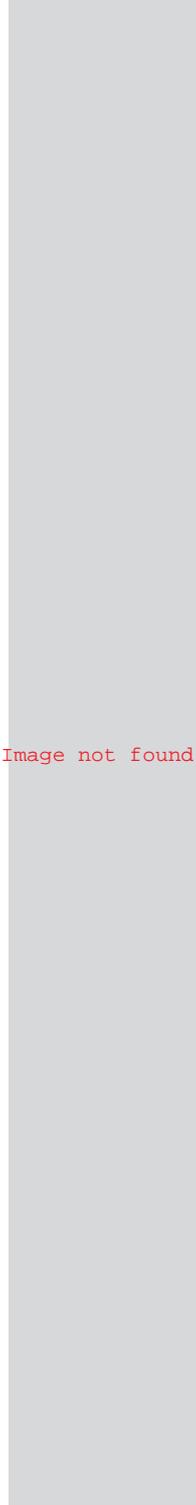


Image not found.

Capítulo 1

Prólogo

Año 2007.

20 de Marzo. Viernes 10:15 pm.

Residencia de la familia Figueroa.

Fascinada, Mónica miraba a su madre con sus grandes ojos castaños observando como acariciaba su enorme barriga mientras lanzaba un largo bostezo. Aunque entendía el proceso perfectamente, seguía desconcertándole cómo era posible que su hermano pudiera estar viviendo dentro de ese espacio tan pequeño y sentirse cómodo. Beatriz, al ver como su hija la contemplaba con tanto interés, le sujetó la mano y la llevó hasta su tripa cubierta por los horribles pantalones azules oscuro de premamá que había comprado su marido para ella meses atrás.

Al sentir una pequeño golpecito a través de la piel, Mónica dio un respingo en el sofá y soltó un grito. Beatriz sonrió.

—Creo que tiene ganas de salir de una vez —comentó mientras trataba de incorporarse del sofá. Se sentía como un enorme elefante; torpe, pesada y con los tobillos igual de inmensos —. El sentimiento es mutuo.

—Pobrecillo, estará cansado de estar ahí metido —apuntó Mónica intentando ayudar a su madre a ponerse de pie. Para sus delgados bracitos eso suponía un esfuerzo titánico, eso sumado a su pequeña estatura hacían que se sintiera un poco inútil —. ¿Puedo leerle algo? ¿Puedo, puedo?

Arrastrando su cuerpo hasta el dormitorio seguida por Mónica revoloteando a su alrededor, Beatriz por fin llegó a la cama dejándose caer en ella como un pesado saco de patatas. Se sentía terriblemente cansada y las pataditas del futuro miembro de la familia no ayudaban en nada. Temía salir de cuentas antes de lo esperado, sobre todo esa noche que su marido había salido a atender una emergencia de uno de sus pacientes. Ya hacía más de dos horas que se había ido, por lo que Beatriz esperaba que regresase antes de las once.

—Cualquiera menos el del puercoespín. Estoy empezando a cogerle manía ya —le avisó al ver como su hija rebuscaba entre la pila de libros infantiles de encima del escritorio. Desde que Mónica leyó en una revista de futuras mamás que le compraba semanalmente a Beatriz una de sus vecinas que el leer a los bebés en el vientre materno potenciaba sus facultades cognitivas y creativas, se había inaugurado en casa “las noches del

cuentacuentos” con Mónica como narradora oficial del evento. Beatriz alardeaba con orgullo de la inteligencia de su hija de solo diez años junto a su precoz sentido de la responsabilidad, algo poco común en niños de su edad. Las demás madres de la clase de Mónica se lo habían comentado en más de una ocasión haciéndola sentir aún más orgullosa.

Tras un rato eligiendo cuidadosamente el cuento de esa noche, Mónica se decantó por su favorito, más incluso que “Las aventuras del puercoespín Agujitas y su amiga la rana Morgana”, una preciosa fábula sobre la amistad de dos especies, según ella.

Acercándose con el libro a la cama y dejando cuidadosamente las zapatillas rosa claro alineadas al borde, se acurrucó junto a su madre debajo del edredón. Antes de abrir las rugosas y pesadas tapas del libro recogió su larga melena rubia en una coleta y carraspeo con aire solemne. Beatriz no pudo evitar soltar una pequeña risita al verla tan seria. Mónica le lanzó una mirada fulminante. Aquella actividad de lectura era un asunto muy serio.

—Daniel, esta historia que te voy a contar puede que te dé un poco de miedo pero es importante que la conozcas ya que trata sobre la leyenda de la fundación de nuestro pueblo. Yo pasé un poco de miedo también al leerla, pero es solo una historia y mamá y yo no dejaríamos que te pasase lo que al pobre niño protagonista.

—No le hagas spoilers antes de empezar a leer, Mónica —bromeó su madre apoyando la cabeza en los almohadones —pierde toda la emoción.

— ¡Es solo un aviso! —Exclamó ella refunfuñando apretando los labios con fuerza— ¡Pues ahora no lo leo!

—Era broma, no te enfades vengaa. —Beatriz sabía que las cosquillas en la barriga eran la debilidad de su hija y la atacó sin piedad. Después de unos minutos de lucha encarnecida, Mónica se rindió y empezó a leer:

“Hace mucho, mucho tiempo, cuando la naturaleza dominaba sobre la civilización en los parajes de nuestra hogar, existía una pequeña aldea formada tan solo por unas pocas familias que vivían apaciblemente en las inmediaciones del bosque. Entre ellos destacaba una mujer; una bruja para algunos, una sabia para otros. Esa mujer llamada Harmonía, poseía conocimientos sobre todas las plantas existentes y se decía que hablaba con los espíritus del bosque. Harmonía tenía un hijo llamado Bastian, un niño dulce y bueno bendecido con todas las virtudes; inteligencia, belleza, astucia y sabiduría.

>>De todos era sabido que Harmonía realizaba sus conjuros y pociones para curar enfermedades o asistir a las mujeres de la aldea a traer a sus hijos al mundo a los pies de un árbol muy anciano que coronaba el claro

del bosque. Una noche, cuando Harmonía se encontraba recogiendo hierbas cerca del majestuoso árbol, una espesa bruma se formó de pronto a su alrededor acompañada de una delicada y suave melodía susurrada por el viento. De entre la bruma, apareció una espeluznante figura vestida con una túnica negra. Despacio, la figura caminó hacia ella, amenazante. Harmonía no pudo distinguir el rostro de lo que parecía ser una mujer, ya que ocultaba su cabeza casi por completo una gran capucha. Una sensación de acuciante peligro se apoderó de Harmonía, que incapaz de controlar el miedo visceral que esa figura le produjo, salió corriendo al interior del bosque. Por temor a que la figura encapuchada la siguiera hasta la aldea, decidió buscar refugio en una de los recovecos del corazón del bosque, esperando a que la figura apareciera y así poder pillarla por sorpresa. Harmonía corrió y corrió a través de la profunda oscuridad de la noche, hasta detenerse en una pequeña cueva habitada por dos zorros. Harmonía que hablaba el lenguaje de los animales, les pidió permiso para esconderse en su casa y ellos que la conocían y admiraban la ofrecieron su ayuda para atrapar a la demoniaca figura.

Harmonía y el zorro corrieron veloces de nuevo hacia el bosque. Solo la luz de la luna y las estrellas iluminaban su camino aunque ninguno de ellos lo necesitaba. El bosque era su hogar y lo conocían a la perfección.

>>El rastro del pequeño Bastian les llevó de nuevo hasta el anciano árbol que se elevaba poderoso en el claro del bosque. Allí, bajo las enormes y robustas ramas, se encontraron al niño tranquilamente sentado escuchando tocar a la figura encapuchada la hermosa melodía que horas antes también había escuchado Harmonía al ver aparecer a la criatura. Por fin pudo ver de donde procedía ese sonido celestial; una sencilla flauta de madera. ¿Cómo era posible que de ese ser siniestro surgiera una melodía tan hermosa que no pareciera de este mundo?

El zorro mordió ligeramente el brazo de Harmonía para sacarla de su ensoñación y esta volvió a la realidad. Gritó el nombre de su hijo con todas sus fuerzas y él giró la cabeza hacia ella. En su dulce rostro pudo ver la viva imagen del desconcierto. Miró a la figura encapuchada y luego volvió a mirar a su madre. Harmonía se acercó hacia su hijo pero la figura oscura le cortó el paso, interponiéndose entre los dos. Aseguró la flauta de madera entre el grueso cordón que hacía las veces de cinto para su túnica y descubrió su rostro ante Harmonía...

—En esta parte siempre se me ponen los pelos de punta. —Mónica se detuvo un momento para coger aire y taparse aún más con el edredón antes de continuar leyendo:

“Definitivamente, el ser que tenía delante era un demonio. Para Harmonía no cabía la menor duda de ello. ¿Cómo si no iba a existir una persona exactamente igual a ella? Era como estar viendo su reflejo en un lago. No podía ser real. Solo los infames trucos de los demonios eran capaces de

confundir al ser humano de esa forma.

—¡Aléjate de nosotros, demonio, o me veré obligada a utilizar poderosos conjuros contra ti!

Las palabras amenazantes de Harmonía no surtieron ningún efecto en la criatura, al contrario, en sus ojos, idénticos a los suyos, se reflejaba un sentimiento de lástima.

—¿Recuerdas hace tres lunas cuando Bastian casi se ahoga en el lago? Siempre le advertía que no fuese solo, pero él nunca me hacía caso. Era tan terco...tanto como su padre.

El corazón de Harmonía temblaba de puro miedo a lo desconocido. Ella que creía conocerlo todo, ella que era capaz de hablar con los espíritus del bosque, no podía entender lo que estaba pasando. No solo era la voz, ni el rostro, sino también el reflejo de los ojos de aquella mujer. Era como hablar consigo misma. Era ella.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?

La respuesta fue demasiado para Harmonía. Sí, lo sabía, venía a llevarse a su hijo y no podía permitirlo. Sin pensar, Harmonía se lanzó hacia la mujer junto con la ayuda del zorro situado a su lado, pero ella fue más rápida y de un ágil movimiento sacó la flauta de madera y se la llevó a los labios emitiendo dos sonidos. Una pared invisible apareció ante ellos chocando bruscamente contra ella y haciendo que cayeran al suelo.

Mientras se recuperaba del golpe, Harmonía vio con tremenda angustia como la mujer, su otro yo, se acercaba a Bastian, inmóvil todavía bajo el abrigo del gran árbol observando como sus dos madres se enfrentaban entre ellas. De nuevo, la mujer volvió a hacer sonar su sencilla flauta de madera oscura y de nuevo una bruma, idéntica a la anterior, se materializó junto a Bastian.

>>Los gritos desesperados de Harmonía golpeando la invisible pared que le separaba de su hijo, hicieron que Bastian se volviera hacia ella y por fin, sus ojos se abrieron a la verdad. Mirando a la mujer envuelta en tinieblas le gritó:

— ¡No! Tú no eres mi madre. Déjame ir con mi madre.

Pero la otra Harmonía, la procedente de otro mundo no iba a irse sin él. Le sujetó con fuerza del brazo y le arrastró hasta la bruma que cada vez se hacía más y más densa, produciéndose ondulaciones en su interior. Justo cuando estaban a punto de traspasarla, la compañera del zorro apareció de entre los árboles y mordió la mano de la otra Harmonía haciendo que su flauta de madera cayera al suelo. Incapaz de agacharse a

recogerla y mantener a Bastian retenido al mismo tiempo a la vez que forcejeaba por librarse de la zorra que seguía mordiendo su túnica negra, agarró al niño con fuerza por los dos brazos mientras este no dejaba de gritar y los tres atravesaron la bruma bajo los aullidos y los gritos de desesperación de Harmonía y el zorro.

La pared invisible que les impedía el paso hacia el gran árbol desapareció, y Harmonía y el zorro corrieron hacia el lugar donde escasos segundos antes habían visto desaparecer a sus dos seres queridos. Desesperada, Harmonía tomó la flauta de madera en sus manos y trató inútilmente de recrear la melodía que había escuchado a su otro yo, pero fue inútil. Solo recordaba los primeros acordes. El zorro y Harmonía, apoyados en el imponente tronco del árbol, vieron con los ojos llenos de lágrimas el rojizo amanecer.

>>Desde ese momento, Harmonía, junto con su fiel compañero el zorro se refugiaron en el corazón del bosque para reproducir con exactitud la melodía que les permitiría abrir el portal al otro mundo y recuperar a su hijo y a su compañera. A medida que pasaron los años y la aldea creció hasta convertirse en el próspero pueblo que es a día de hoy, la leyenda de Harmonía y el zorro sigue viva en los corazones de los habitantes de "Armonía", esperando que algún día ambos puedan reunirse con sus seres queridos. Fin.

Al cerrar el libro, Mónica se quedó callada unos segundos. Siempre lo hacía cuando acababa de leer esa historia. Beatriz no sabía por qué aquel cuento de hadas le causaba tanta impresión; solo era una estúpida leyenda inventada para justificar el nombre del pueblo y el símbolo del zorro del escudo. Al igual que la supuesta flauta mágica de madera capaz de abrir portales a otros mundos. Lo bueno de todo aquello era la cantidad de curiosos y turistas que se acercaban al museo del pueblo a ver la flauta roñosa y visitar el anciano roble.

—Bueno, señorita, creo que ya va siendo hora de irnos a la cama ¿no crees? —Mónica dejó el libro en la mesita de noche y volvió a acercarse a su madre que le rodeó con un brazo.

— ¿No esperamos a que venga papá?

—A saber a qué hora viene. Ya sabes cómo son estas cosas. Anda, apaga la luz que me estoy cayendo de sueño.

—Vaale.

Nada más apoyar la cabeza en la almohada, Beatriz cayó profundamente dormida. A su lado, Mónica seguía pensando en la historia del pobre Bastian. Siempre le había creado una gran perturbación esa historia, incluso en una ocasión soñó como una mujer igual que su madre, vestida

con una túnica negra se la llevaba, igual que la doble malvada de Harmonía a Bastian. Tragó saliva y se cubrió con el edredón hasta la coronilla a modo de protección. En la oscuridad palpó la barriga de su madre y susurró a su hermano al que todavía no conocía:

—Tranquilo, Daniel, nunca dejaré que nadie se te lleve de nuestro lado. Confía en tu hermana mayor.

Poco a poco fue quedándose dormida hasta caer en una profunda ensoñación. Soñó con el bosque, con el árbol anciano y con una mujer alta, de cabello largo y rizado, tan negro como el azabache y de piel blanca como la luna de verano. Así se la imaginaba Mónica en su cabeza al leer el cuento. Y escuchó los primeros acordes de una hermosa y dulce melodía. Esa fue la primera vez que Mónica escuchó la melodía. Un sonido que la perseguiría durante años en sus sueños y marcaría su destino. Pero no fue una bella melodía lo que la despertó aquella noche, sino los gritos desgarradores de su madre procedentes del salón. A partir de este momento, la vida de Mónica, y ella misma, cambiarían para siempre.

Capítulo 2

Capítulo 1 "Arthur"

*9 de Febrero 2017. Madrid
Hospital Central.*

<<Respira profundo, expira. Otra vez...tose...>>

Acostumbrado al frío tacto del fonendoscopio y al perfume barato de la Doctora Martínez, Arthur, con los ojos fijos en la ventana del hospital, contemplaba distraído y ensimismado como un pequeño pajarillo se había posado en el alfeizar, dando saltitos de un lado a otro, tratando de buscar un resquicio por donde entrar. <<Que irónico —pensó— yo deseando salir y él deseando entrar>>.

Una vez terminada la exhaustiva auscultación diaria, la Doctora mandó a Arthur ponerse la chaqueta verde claro del pijama y escribió a toda velocidad sus impresiones en el informe diario de su estado. Llevaba en ese hospital un mes, dos días y trece horas y todos los días la Doctora llevaba a cabo el mismo ritual. Excepto los fines de semana que no pasaba a visitar a sus pacientes.

—Todavía tengo que ver las placas que te hicimos ayer, pero si no hay ningún cambio en una semana te podrás ir a casa.

Arthur la miró entornando la ceja derecha.

—No me mires así, jovencito —le dijo apuntándole con el boli bic. Parecía una profesora riñendo a un alumno problemático.

—Hace dos semanas dijo mismo y todavía estoy aquí. Comprenderá que no me fie mucho.

— ¿Quién fue al que pillamos escapándose por las noches para organizar timbas de cartas con los otros chicos de la planta? ¿Quién?

—Lo dice como si hubiese sido todos los días —exclamó Arthur indignado por la acusación—. Además, ¿Qué tiene de malo divertirse un poco? Solo estábamos en la sala de visitas...

—Mira, no voy a discutir otra vez ese asunto contigo —le interrumpió la Doctora. Ahora era ella la que aspiraba hondo, tratando de contener su enfado. Siempre hacía lo mismo. Arthur producía ese tipo de reacciones en la gente de su alrededor, sobre todo en las figuras de autoridad —, a ver si te das cuenta de una vez que no estas de vacaciones en un hotel.

Esto es un hospital...

<<Y empezamos con el sermón de siempre. >> La mente de Arthur desconectó por completo mientras la fornida Doctora le recordaba los peligros de su enfermedad, lo irresponsable que era, su falta de sensatez, etc., etc...

— ¿Me estás escuchando?

—Sí, si —se apresuró a responder Arthur —ya sabe que siempre la escucho con mucha atención, Doctora.

Dándose por vencida, la mujer se despidió de él hasta el día siguiente y salió a toda prisa para terminar su ronda de visitas. Soltando un suspiro de alivio, Arthur se tumbó en la cama de nuevo y encendió el televisor de la habitación. Desganado, recorrió los cuatro canales buscando algo interesante que ver. Como no encontró nada de su agrado, dejó el último en el que emitían una película antigua. Al parecer, la protagonista era la enfermera particular de un chico enfermo de cáncer y se enamoran. ¿Por qué las películas tienden a distorsionar tanto la realidad? Como si alguien fuese a creerse algo así. Se enamorará de él porque cuando se muera heredará los millones del chico. Porque el chico es rico, detalle muy importante y esencial para entender esta absurdez. Arthur, molesto, apagó la televisión, miró el reloj y lanzó un gruñido. Solo eran las doce y cuarto de la mañana y ya le parecía que habían pasado tres horas desde que se fue la Martínez. Se levantó, se colocó las zapatillas y revisó en el armario los libros que ya había releído veinte veces. Trató de recordar el decirle a su madre cuando fuera por la tarde a visitarle que se llevara esos y le trajera unos nuevos. Eligió uno de fantasía épica bastante entretenido y fácil de leer. No tenía ganas de leer historias complicadas. Se disponía a sentarse en el cómodo sillón de al lado de la cama cuando la puerta de la habitación se abrió. Al ver la figura alta e imponente de su padre aparecer, Arthur se quedó de piedra. No estaba preparado para esa visita.

Sin levantarse del sillón, dejó el libro en su regazo y tras aguantar unos segundos el duelo de miradas con su padre, desvió ligeramente la cabeza hacia la ventana de su derecha. Con cuidado, su padre cerró la puerta de la habitación y el murmullo de las enfermeras recorriendo los pasillos y los teléfonos sonando sin parar quedaron al otro lado para dejar paso al silencio más absoluto. Incomodo, Arthur carraspeo pero su padre siguió sin pronunciar palabra. Se quitó el abrigo largo negro y lo depositó en el respaldo de una de las sillas situada contra la pared al lado del baño, en el otro extremo de la habitación. De pie sin mover un músculo, siguió observando a Arthur. Sus finos labios estaban apretados y frotaba con fuerza sus manos enrojecidas. Parecía que hacía bastante frio afuera.

—Venga, dilo. —Cansado de verle ahí parado sin decir nada, Arthur dio el primer paso —. Lo estás deseando.

— ¿Decir el qué? —La voz de su padre sonaba más ronca de lo normal.

—Qué soy un mal hijo, que no doy más que problemas, bla bla...

— ¿Cómo te encuentras?

La pregunta pilló por sorpresa a Arthur. Miró a su padre de soslayo y esbozó una sonrisa:

—Perfectamente, por eso sigo aquí.

— ¿Por qué eres así? Encima que vengo a verte después de lo que me has hecho pasar...

—El que está encerrado en el hospital soy yo, no tú, así que no te me pongas melodramático ahora.

—Sabía que era mala idea dejarte ir a vivir solo a ese campus lleno de delincuentes, pero tú y tu madre siempre os salís con la vuestra.

—Y volvemos al tema del hijo problemático... —murmuró Arthur mientras jugueteaba con la portada del libro, abriéndola y cerrándola.

—Arthur, ¿entiendes que has estado a punto de morir? —Su padre se dejó caer con gesto cansado sobre la cama. Su delgado rostro parecía haber envejecido diez años desde la última vez que le vio, y eso fue hace seis meses, cuando regreso a casa en las vacaciones de verano y su padre pasó dos semanas con ellos en agosto.

—Sí, si —respondió Arthur con dejadez evitando los inquisidores ojos de su padre —, lo sé.

—Parece como si te diera igual. Sabiendo cuál es tu condición y te metes en esos...

— ¿Mi condición? ¿Qué condición?

—Aunque te sientas bien ahora y te sintieras bien antes, eso no significa que...

— ¿Que no sea un puto enfermo? Eso es lo que quieres decir, venga, habla claro.

—Siempre tergiversas todo lo que digo, yo...yo no sé cómo hablar

contigo...

Levantándose de la cama, recogió su abrigo y antes de salir por la puerta le dijo:

—Ya vendré otro día que tengas ganas de escucharme.

—Ni falta que hace que vuelvas —dijo en voz baja una vez que su padre se hubo marchado. Se llevó la mano a la barbilla y se rascó la incipiente barba. Al notar la familiar sensación de ahogo en el pecho, se dirigió hacia la cama y se colocó el tubo de goma del oxígeno. Cerró los ojos y trató de olvidarse de todo.

Las horas seguían pasando lentas, como arrastrándose agónicas por un desierto interminable hasta que les llegase la hora de morir. Arthur no veía la hora de que ese día terminase. Su madre acababa de llamarle al teléfono de la habitación avisándole de que no podía ir a visitarle porque su jefe le había pedido que se quedase por unos asuntos de revisión de facturas o algo parecido. Al menos se acordó de mencionarle que trajera un par de libros nuevos. Cansado de estar metido entre esas cuatro claustrofóbicas paredes blanco nuclear, se puso la bata y salió al pasillo de la planta. Nada más verle, las enfermeras le siguieron con los ojos de forma descarada, vigilando sus movimientos.

—Solo voy a dar una vuelta, paranoicas —les dijo al pasar por la caseta de las enfermeras situada en medio del pasillo, de camino a una de las salas de visitas.

—A ti hay que atarte corto —contestó Maite, la más joven y simpática de ellas. Era la favorita de Arthur. Una alegría para la vista en medio de aquel frío y desinfectado lugar.

Se fijó en que la habitación de Daniel, situada dos puertas antes que la suya, estaba vacía. Estaría con sus padres en la sala de visitas.

—Ha venido una chica muy guapa a ver a tu amigo.

— ¿Eh? —Arthur se volvió hacia Maite. Tenía los codos apoyados en el mostrador. Le hizo un gesto con la mano para que se acercara a ella. Llevaba su larga melena rizada recogida en un moño, dejando caer dos rizos castaños perfectos a cada lado de su fino rostro. Su cabello contrastaba con la blancura de su piel y sus vivaces ojos negros. Casi no usaba maquillaje. Parecía tener menos años que Arthur y eso que rondaba los treinta.

— ¿Será su novia? No la había visto nunca por aquí. ¿Te ha contado si está saliendo con alguien?

Arthur trató de hacer memoria. Sí le había hablado en una ocasión de una chica de su clase que le gustaba. Daniel era un chico bastante reservado y eso que Arthur le había relatado su escapada romántica fallida con su última novia, Ángela, con todo lujo de detalles. Dicho así, pudiera parecer que era una especie de Casanova, cuando solo dos chicas habían tenido la fortuna o la desgracia de ser sus novias.

—Que yo sepa no. Espera, voy a acercarme a cotillear un poco.

—Pobrecillo, déjales solos —le dijo Maite —para una vez que viene una chica a verle. Quizás viva fuera y no haya podido venir antes.

—Solo voy a asomarme un momento a ver que hacen.

La sala de visitas se encontraba llena de familias y amigos de los pacientes. No era muy grande, por lo que quince personas allí hacinadas parecían una multitud. Distinguió enseguida a Daniel. Estaba sentado enfrente de una chica morena de pelo liso, en una de las mesas del rincón ocultos de las miradas indiscretas. El pequeño tanque de oxígeno que Daniel arrastraba a todos lados estaba aparcado junto a él. Apoyado contra el marco de la puerta doble abierta de par en par, Arthur les observó con atención con las manos metidas en los bolsillos de la bata azul oscuro. No podía ver el rostro de Daniel ya que se encontraba de espaldas a él, pero sí pudo ver la gran sonrisa de la chica. Debía de tener los mismos años que Daniel, unos dieciocho o así. Parecía que estaban teniendo una conversación bastante animada, ya que ella no dejaba de reír y mirarle con ojos brillantes. Un sentimiento de malestar recorrió la espina dorsal de Arthur al verla sonreír y sujetar la mano de Daniel. Sin pensar, como era costumbre en él, se encaminó hacia ellos y le dio una palmada en la espalda a su amigo. Este dio un ligero vote en el asiento y giró la cabeza hacia él.

— ¡Arthur! —exclamó al verle.

—Eh, tío, ¿no me vas a presentar a tu amiga?

La chica soltó de inmediato la mano de Daniel y la escondió debajo de la mesa. Parecía avergonzada.

—Sara, Arthur. Arthur, Sara —Dijo Daniel haciendo el amago de levantarse, aunque al final no lo hizo.

Arthur se acercó a la chica para darle los dos besos de rigor y se sentó en

la silla vacía situada entre ellos.

—Sara y yo vamos a la misma clase —le informó Daniel con una sonrisilla nerviosa —, creo que te he hablado de ella en alguna ocasión.

Arthur actuó como si se parase a pensar y exclamó de sopetón:

— ¡Ah, ya recuerdo! Tú debes de ser la compañera esa tan guapa, la que traía loquitos a todos.

Sara soltó una carcajada. De inmediato se puso la mano delante de la boca para reprimirse.

— ¡Que bobo! —Respondió ella medio sonrojada —Di que no es verdad.

— ¿Yo dije eso? Bueno, no es que sea mentira —dijo Daniel desviando la cabeza hacia la derecha.

—Sí, lo dijiste, si, no te hagas el tonto ahora.

Los tres sonrieron y comenzaron a charlar sobre la universidad. Al parecer Sara, al igual que Daniel, era estudiante de primero de ingeniería de sistemas, una carrera muy demandada tras la gran tormenta solar que dejó seis años atrás sin comunicaciones a la humanidad. A día de hoy todavía no se había conseguido restaurar por completo la red de telecomunicaciones y menos internet. La red global era algo así como una reminiscencia del pasado.

—Espero que dentro de unos años los gobiernos nos dejen trabajar para poner de nuevo en funcionamiento la red. —Sara parecía emocionada con la idea. Se retiró el largo flequillo de la cara y lo sujetó con una horquilla negra. A Arthur le gustaba su nariz; pequeña y algo respingona. Le daba un aire sofisticado —. Éramos muy pequeños cuando internet y los móviles dejaron de funcionar, pero todavía tengo un vago recuerdo de lo que era navegar por la red, Facebook, escribir en foros...Mis padres me hablan de ello constantemente.

— ¿Sabías que Arthur conoce a los caballeros de la red? —Dijo de pronto Daniel mirándole fijamente —Casi le meten en la cárcel antes de ingresar en el hospital.

—No seas exagerado. Solo nos tomaron declaración, nada más. Que yo sepa no han encerrado a nadie de mis compañeros.

— ¿Estabas con el grupo de caballeros que salió en las noticias hace un mes? —Le preguntó Sara con los ojos muy abiertos — ¿Pero eso no fue en

Barcelona?

—Sí, allí es donde estudiaba.

— ¿El qué?

—Psicología.

—Vaya, suena muy interesante.

—No es para tanto. Si te digo la verdad, tampoco es que me mis notas sean una maravilla.

— ¿Y cómo conociste a ese grupo de los caballeros de la red?

—Es algo complicado...un amigo me invitó a ir con él a una de sus reuniones. La cosa se complicó y acabé metido en asuntos que no debería haberme metido.

—En el periódico decían que habían logrado crear una mini red en la facultad de telecomunicaciones y estaban tratando de conectar otras...

—No es por parecer maleducado —le interrumpió Arthur —, pero ¿podríamos hablar de otra cosa? Demasiados problemas tengo ya con ese asunto como para andar recordándolo.

—Lo siento, no quería...perdón por meterme donde no me llaman.

Arthur trató de quitarle hierro al asunto pero en realidad las preguntas de la chica sobre ese tema le habían acabado de rematar el día. Daniel, daba golpecitos con el dedo índice en la mesa, trató de no mirar a ninguno de los dos directamente.

—Qué serios nos hemos quedado. Oye, Daniel, ¿Por qué no me cuentas como os conocisteis Sara y tú? Seguro que fue una especie de amor a primera vista.

Los dos se sonrojaron al instante y Daniel empezó a relatar entrecortadamente su primer día de clase en la universidad. Arthur no tenía mucho interés en esa historia, en realidad le daba igual, pero quería cambiar de tema rápido. A la tercera frase, empezó a desconectar y se centró más en escuchar el murmullo de voces de su alrededor que en el relato de Daniel. Al mirar a Sara y ver de nuevo como miraba a su amigo con esos ojos brillantes, no pudo más y le interrumpió:

—Qué envidia me dais. Yo por desgracia no he tenido mucha suerte con las chicas. La última se fue corriendo al ver cómo me daba uno de mis ataques. Yo creo que pensó que me iba a morir o algo parecido y prefirió

no quedarse, a ver si luego tenía que cargar con el muerto. No la culpo. Es algo bastante desagradable, aunque más lo fue para mí.

— ¿En serio hizo eso? —Preguntó Sara con gesto incrédulo — ¿Pero qué clase de persona deja a otra tirada de esa forma y encima siendo novios?

—En su favor diré que llamó a una ambulancia y se fue cuando llegaron los paramédicos. Y eso que los asmáticos no vomitamos sangre ni nos dan ataques epilépticos como a los de la fibrosis quística. Bueno, Daniel sabe más de eso que yo, ¿verdad?

Dentro de la cabeza de Arthur se libraba un duelo a muerte entre la voz que le decía que cerrase la boca y se marchase y la otra que le incitaba a seguir y acabar de rematar lo que había empezado. Le expresión de Daniel era de tristeza en vez de enfado. Eso fue el incentivo que Arthur necesitaba para seguir.

— ¿No le has visto nunca tener un ataque? Madre mía, en esos momentos parece que le ha poseído un demonio. Le falta hablar en lenguas muertas como la niña del exorcista.

El brillo en los ojos de Sara desapareció para reflejar lo que Arthur estaba deseando ver en ellos; lástima.

—La primera vez impacta bastante, pero luego te acostumbras a verlo. Pero bueno, supongo que cuando quieres a alguien, le quieres con el paquete completo, ¿no? Al menos eso dicen las novelas y las películas.

—No tenía ni idea de que fuese tan... —murmuró Sara bajando la cabeza ligeramente. Su esbelto cuerpo enfundado en un bonito vestido rojo oscuro de manga larga se fue encogiendo poco a poco.

—Esas cosas se cuentan, Daniel —Arthur terminó de apuñalar a su amigo en el corazón arrojando una última y salvaje cuchillada —, recuerda que esa enfermedad te acompañará hasta la muerte.

—Me das lástima —le dijo por fin Daniel levantándose del asiento y arrojando el tubo del oxígeno al suelo. Arthur, con la respiración de nuevo acelerada, vio cómo su amigo se acercó caminando despacio hacia la salida, seguido de cerca por Sara, que con cuidado, trataba de tomarle la mano de nuevo.

Capítulo 3

Capítulo 2. Mónica.

11 de Febrero 2017.

Armonía.

Residencia de la familia Figueroa.

Una joven de rostro dulce e inocente sutilmente maquillado, brillante melena castaña ondulada y ojos vivaces del mismo color. Vestida con un jersey azul oscuro de cuello alto a juego con la falda de cuadros escoceses, no tan corta como parecer una chica vulgar pero tampoco tan larga como para parecer una mojegata. Unas calzas negras y unos impecables mocasines completaban el conjunto. Esa es la imagen que el espejo de cuerpo entero de la habitación de Mónica le devolvió al contemplarse aquella mañana. Al percatarse de unas pequeñas sombras oscuras debajo de sus ojos, de inmediato sacó el pincel corrector de maquillaje de uno de los bolsillos de su mochila de cuero marrón y las tapó con minuciosa precisión.

—Perfecto —murmuró satisfecha con el resultado. Un sonido ronco salió de su garganta dolorida.

Sin apartar los ojos de su reflejo, Mónica ladeó la cabeza hacia la derecha y con el dedo índice bajó un poco el cuello de cisne de su jersey de angora. Un marcado hematoma en forma de cinta gruesa cruzada su cuello. Estaba mucho más morado ahora al levantarse que antes de acostarse. Frunció el ceño, carraspeo y volvió a colocarse bien el cuello del jersey para tapar por completo la marca. No quería suscitar ninguna clase de pregunta al respecto. Recogió su mochila, dibujó una radiante sonrisa en sus labios pintados de rosa suave y bajo las escaleras. Como todos los días, su padre daba vueltas por la casa con la taza de café en la mano recogiendo folios desperdigados por el sofá. Siempre se quedaba hasta tarde tirado en el sofá rellenando informes del hospital. Era algo incomprensible para Mónica aquel comportamiento caótico de su padre. ¿Para qué tenía una habitación acondicionada como oficina si no la utilizaba para nada?

—Buenos días —le saludó Mónica mientras se dirigía a la cocina a preparar el desayuno.

—Contigo quería yo hablar, no te escapes.

— ¿Y mamá? —le preguntó ella haciendo caso omiso de las palabras de su

padre. Sabía lo que iba a decirla y no le preocupaba lo más mínimo.

—Hace una hora que se marchó. Hoy tenía un juicio importante. ¿No te dijo nada?

—Lo había olvidado —mintió. Claro que su madre no le había dicho nada. Hacía años que no lo hacía — ¿Queda café?

Ya en la cocina, Mónica se sirvió una taza de café solo con unas gotas de leche y se quedó de pie ojeando el periódico de encima de la gran mesa blanca del centro de la cocina. Su padre entró ajustándose la corbata y antes de ponerse a buscar las llaves del coche, Mónica, sin apartar los ojos del periódico, alargó la mano, abrió la puerta del armario de la cocina justo encima suyo, cogió las llaves y se las lanzó a su padre.

— ¿Cómo sabías que estaban ahí?

—Siempre haces lo mismo. Si las colocases siempre en el mismo lugar no tendrías que buscarlas como un loco todos los días.

Él carraspeó, caminando de un lado a otro por delante de ella, pero Mónica siguió leyendo el periódico como si nada. Conocía a su padre demasiado bien. Le costaba horrores empezar las conversaciones, sobre todo si se trataba de algo "incómodo" para él.

—Móni, no me gusta que andes hasta tan tarde con Carlos. Anoche te escuché llegar a la una de la madrugada. Esas no son horas para andar por ahí un domingo. Porque a sus padres le da igual que se quede hasta las tantas no significa que me guste que tú hagas lo mismo.

—Papá, no te preocupes tanto. —Mónica dejó el periódico, le dedicó una gran sonrisa a su padre y depositó un ligero beso en su mejilla tapada por una frondosa barba—Solo nos entretuvimos estudiando. Carlos estaba preocupado por el examen de hoy. Sabes que tiene que sacar una nota por encima de la media si quiere mantener la beca.

— Estarían sus padres en casa, me supongo, digo yo.

— ¿Dónde iban a estar a esas horas?

—Aun así sigue sin gustarme que...

—Tengo veinte años, papá, deja de preocuparte tanto.

—Está bien, está bien. —Dejó la taza de café y se colocó la chaqueta y el abrigo —. Si yo me fío de ti. Del que no me fío es del chico ese.

—Se llama Carlos, papá. ¿Llevo un año saliendo con él y todavía sigues llamándole el chico ese?

El timbre de la puerta de entrada sonó de pronto, terminado por fin con aquella conversación sin sentido. Mónica se apresuró a abrir. Gina, puntual como siempre, apareció ante ella enfundada en su abultado plumas rojo favorito.

—Eii, vaya mala cara traes esta mañana —le dijo a Mónica nada más entrar.

—Gracias —respondió ella con ironía —tú también estás fantástica hoy.

—Y vaya voz, pareces un viejo. ¿Estas pillando algo? Si es así, no te me acerques mucho.

—Yo prefiero no decir nada sobre porqué tiene esa ronquera —intervino su padre apareciendo ante las dos chicas disimuladamente—, solo diré que llegar a la una de la madrugada a casa en pleno invierno no ayuda...

—Si no era suficiente con uno, ahora dos contra mí...

Gina, se lanzó sobre ella y la agarró de la cintura para hacerla cosquillas, pero Mónica se zafó con rapidez entre risas. Su amiga era demasiado predecible.

— ¡Las siete y media ya! —exclamó su padre mirando su reloj de pulsera. Sacó las gafas negras de pasta del bolsillo de su abrigo, recogió a toda prisa su maletín y salió corriendo en dirección a su coche.

Gina y Mónica observaron desde la ventana como casi se cae de culo antes de abrir la puerta de su BMW negro.

—Tu padre es un auténtico desastre —comentó Gina entre risas. Cuando sonreía, se formaban unas ligeras arrugas alrededor de sus ojos dando la sensación de que sonreían también. Era la única persona que conocía que poseía "ojos sonrientes" como los denominaba Mónica —Es tan torpón. Por eso me cae tan bien.

Mónica se colocó la trenca de lana negra y salieron en dirección a su coche. Un pequeño Audi de cuatro plazas regalo de sus padres por su dieciocho cumpleaños. Nada más subir, Gina se lanzó al asiento del copiloto, encendió la calefacción y se quitó el anorak. Hacía más frío de lo normal esa mañana, aunque no había nevado la noche anterior, algo muy común en Armonía en esa época del año.

—Si a menos veinte no llega Helena nos vamos sin ella —anunció Mónica, dejando su trenca doblada con cuidado en el asiento de atrás junto al

abrigo echo un ovillo de su amiga —, no quiero llegar tarde a clase otra vez por su culpa.

—Ya sabes que se le pegan las sábanas con facilidad. A saber qué hace por las noches para dormir tan poco. Seguro que escuchar radionovelas de esas culebrónicas. ¿Cómo la podrán gustar esas mierdas?

—Pero ya que la llevan, podía ser algo más considerada. —Mónica odiaba la falta de puntualidad y más si la afectaba a ella directamente. Le hubiese gustado añadir algo sobre el comportamiento de Helena, pero decidió callarse. Le dolía la garganta demasiado.

Por el retrovisor, vio como una figura pequeña envuelta en un abrigo largo marrón claro se acercaba corriendo hacia el coche haciendo aspavientos con los brazos. Mónica quitó el seguro del coche y la chica con la respiración alterada y el redondo rostro enrojecido se sentó en el asiento trasero.

— ¡Lo siento, lo siento! Era el día libre de mi madre y no me ha levantado...

—Tranquila, no tienes por qué disculparte —le interrumpió Mónica forzando una sonrisa y arrancando el coche a toda prisa tomando la carretera principal.

— ¿Sabes que existen los despertadores? —Gina se giró hacia Helena y le dio un pequeño pellizco en la mejilla. Esta lanzó un quejido lastimero, de esos que tanto odiaba Mónica —Si, esos aparatos que programas para que te despierten por las mañanas.

— ¡Ya, para! —Le gritó Helena —Hoy no tengo ganas de bromas. He pasado una noche horrible.

<<Pobrecilla, habrá soñado que se quedaba sin máscara de pestañas o algo parecido —pensó Mónica tratando de esconder una sonrisa maliciosa>>

—Pues estáis buenas las dos —dijo Gina colocándose bien en el asiento y poniéndose el cinturón de seguridad.

— ¿A ti que te ha pasado, Mónica? ¿Estas enferma o algo?

—No, no es nada. Solo cogí un poco de frío anoche, nada más.

— ¿Estuviste con Carlos, eh? Venga, cuenta, ¿hubo tema o no?

— ¡Gina, no seas cochina! —escuchó decir a Helena desde el asiento de

atrás con su irritante voz de niña pija.

—Pues sí, muchos —respondió Mónica sin apartar los ojos de la carretera —, formas de gobierno en la antigua Grecia, la administración y distribución del imperio babilónico...

— ¿No nos vas a contar nada de nada? Somos tus mejores amigas, ten consideración, queremos detalles guarros.

—Detalles guarros...déjame pensar...

Gina y Helena guardaron silencio absoluto. Solo se escuchaba el casi imperceptible ruido de fondo de la calefacción y algunos coches adelantándolas.

—Se le da muy bien chupar y morder... —comenzó a decir Mónica con voz ronca. Antes de terminar la frase, creó una pausa dramática. Los ojos negros de Gina situada a su lado se abrieron como platos —...las tapas de los bolígrafos. Es bastante desagradable verlo, parece un hámster. En el tiempo que estuve en su habitación se comió entera la tapa de un bic.

Las dos chicas lanzaron un grito de indignación al unísono. Cuando por fin se cansaron de intentar sonsacarle información sobre su relación con Carlos, Gina puso la radio. La última canción del grupo de chicos "Five O Clock" resonó con fuerza en el Audi. Mónica no soportaba esa clase de música pero solo quedaban diez minutos para llegar a la facultad, por lo que aguantó estoicamente la tortura que le provocaban los berridos y las espantosas letras de ese supuesto grupo musical.

Al llegar, aparcaron el coche en la plaza que Mónica tenía reservada para ella en la facultad y las tres chicas se despidieron hasta las tres de la tarde, separándose para asistir a sus respectivas clases. La facultad de Gina, quedaba a cinco minutos de la de Mónica y Gina, por lo que todavía le quedaba un pequeño trecho. Caminando en silencio al lado de Gina, mezclada entre el tumulto de estudiantes que se dirigían a la entrada del campus, vislumbró la silueta de Carlos apoyado cerca de la puerta de entrada, en la pared de piedra del gran edificio principal. Trató de evitar su mirada y hacer como que no le había visto, pero no funcionó. Tenía los ojos clavados en ella. Era imposible deshacerse de él. Molesta por esa inesperada encerrona, Mónica le pidió a Gina que entrase ella sola mientras iba a hablar con una compañera. Al parecer Gina no se había percatado de que Carlos estaba a escasos metros de ellas debido a la cantidad de gente que se interponía entre ellas y la puerta. Haciéndole una discreta seña con la mano para que la siguiera, Carlos se puso en movimiento y la siguió hasta la parte trasera del campus; una zona discreta y oculta entre altos arbustos y vegetación. Un lugar un poco abandonado por el encargado de mantenimiento. Por su situación estratégica, era utilizado por muchos estudiantes para fumar porros o

disfrutar tranquilamente de unas cervezas sin ser vistos por molestos profesores.

Cuando se encontraron, Carlos agarró del brazo a Mónica y la acorraló contra la pared. Parecía furioso y asustado al mismo tiempo. Unas profundas arrugas se marcaban en su despejada frente cuando fruncía los ojos. Antes de hablar, la soltó y se paró delante de ella con los brazos en forma de jarra. Parecía mucho más alto y fuerte de lo que era en esa posición.

—La última vez, ¿me oyes? —le dijo por fin con la voz alterada. Tragó saliva, bajó la cabeza y cuando volvió a mirarla de nuevo, suspiró dejando escapar una bocanada de vaho —. Todavía no puedo creer que me dejara convencer para hacer una cosa así. Joder. Joder.

—No sé por qué estás tan alterado —respondió Mónica con una leve sonrisa sin dejar de mirarle —, no has hecho nada malo.

— ¿Qué no echo nada...? Déjame ver. —Volviendo a sujetarla del brazo con una mano y con la derecha le desabrochó el abrigo con habilidad, bajándole el cuello del jersey. La marca morada que recorría como una serpiente el estilizado y blanquecino cuello de Mónica quedó al descubierto. Con gesto asqueado, se apartó de ella llevándose la mano a la boca.

— ¿Te duele? ¿No deberías ir a un médico o algo? —consiguió decir.

—Estoy bien, no necesito ningún médico. Solo es hematoma, ya se quitará. Lo hiciste realmente bien.

— ¿Por qué? —le preguntó con la cara desencajada — ¿Por qué me obligas a hacerte...eso? ¿Y si...y sí..?

Mónica se acercó a él, dejó la mochila en la hierba mojada y poniéndose de puntillas sobre sus mocasines le rodeó el cuello con los brazos. Sus labios quedaron a escasos milímetros de los de Carlos. Tan cerca que pudo saborear el aroma a chocolate de su aliento. En susurros y acariciando su nuca, le dijo:

—No niegues que también te gustó...apretar el cinturón, ver como poco a poco iba quedándome sin aire. Ese delicioso hormigueo. Esa opresión en el pecho...lo disfrutaste igual que yo...lo sé. Admite que te pones cachondo ahorcándome.

— ¡Estás loca! —Carlos la apartó de un empujón y tras mirarla de nuevo espantado, salió corriendo como quien huye de un peligroso depredador.

Recomponiéndose el jersey con calma y abrochándose de nuevo el abrigo, Mónica recogió su mochila y tras limpiar y secar la parte de abajo con un clínex, como si nada hubiera pasado, caminó de nuevo hacia la entrada de la universidad con su habitual falsa sonrisa en los labios.

Capítulo 4

Capítulo 3 Preguntas sin respuesta

*15 de febrero 2017. Madrid.
Hospital central.*

Sentado con las piernas cruzadas encima de la cama de su habitación en el hospital, Arthur escondiendo parcialmente su rostro detrás de las cartas de póker, analizaba las expresiones de sus dos oponentes sentados enfrente suyo; Raúl se rascaba la cabeza con fuerza, mordiéndose los carrillos por dentro, dándole a su cara una expresión de pez fuera del agua, mientras que Chema, en el otro extremo de la cama de Arthur recostado sobre el lado derecho mareaba las cartas cambiándolas de sitio una y otra vez resoplando con fuerza. Eran tan obvios que daban pena.

—Yo paso. —Chema arrojó las desgastadas cartas con desgana encima de la cama y se tumbó boca arriba —. Venga, enseña lo que tienes y acabemos con esto de una vez.

— ¿Por qué das por hecho que tengo algo? —le preguntó Arthur entornando la ceja derecha haciéndose el interesante.

— ¿Por qué llevas cinco partidas ganadas, quizás?

—Creo que yo también paso —dijo Raúl mostrando su trio de cuatros y pareja de doses.

—Cuando aprenderéis a jugar. —Arthur enseñó sus cartas y los dos chicos se quedaron sorprendidos —. Los buenos jugadores de póker no necesitan buenas manos para ganar. Todo se reduce a estudiar al contrario y engañarle. No sé la de veces que os lo he dicho.

—Nos rendimos antes tu maestría, oh dios del póker. Unos simples mortales como nosotros no podemos aspirar a alcanzar tu sabiduría.
—Chema rodó por la cama hasta quedar boca abajo. Al intentar hacer una especie de reverencia a Arthur cayó estrepitosamente. Sus compañeros de partida estallaron en carcajadas mientras Raúl se levantaba a toda prisa recolocándose el pijama como si nada hubiese pasado.

—Eso te pasa por payaso —le dijo Arthur entre risas viendo la cara dolorida y de pocos amigos de Raúl.

La "Terminator" abrió la puerta de la habitación como si de una fuerza de la naturaleza se tratase. Como era costumbre, les amenazó con terminar con sus timbas ilegales si no dejaban de armar escándalo. La enorme enfermera de metro ochenta y cien kilos de peso por lo menos, que nada tenía que envidiar a un gorila de discoteca, empezó a recitar su frase favorita. Los tres chicos le hicieron los coros:

—Parece que os habéis criado en una granja, que poca vergüenza.

De nuevo, las risas inundaron la habitación. La Terminator, con su cara de luna llena, ahora roja resplandeciente, apretó fuerte los labios y les lanzó una mirada fulminante, no sin antes advertirles que quería la puerta de la habitación bien abierta.

—Menuda bruja —murmuró Raúl por lo bajo recogiendo las cartas y guardándolas en la caja —no deja hacer nada. Si por ella fuera nos meterían algo en el suero para tenernos sedados todo el día.

—Yo como solo tengo que aguantarla dos días más, ya me da lo mismo.
—Arthur se arremangó la chaqueta del horrible pijama verde claro hasta el codo. Las habitaciones del hospital se convertían en auténticos hornos por las tardes debido al derroche de calefacción del hospital.

—Joer, tío, encima no nos lo restriegues, cabrón —le recriminó Chema recostándose en la silla estirando las piernas y los brazos— Yo todavía tengo para rato.

—Tú solo llevas dos semanas aquí, no te quejes tanto —intervino Raúl
—yo llevo casi un mes. Estoy de este lugar hasta los mismísimos.

—El que si tiene que estar hasta los mismísimos es Dani. Tres meses se dicen pronto.

Arthur se mantuvo en silencio escuchando lo que decían de su amigo. O ex amigo. Desde que se comportó de esa manera tan desagradable delante de él y de su novia no se habían vuelto a dirigir la palabra. Ni siquiera pisaba la sala de descanso por si acaso se encontraba con él. Prefería quedarse o en la otra sala más pequeña de fondo de la planta o en la habitación cuando recibía visitas. Visitas casi siempre de sus padres o algún familiar cotilla que lo único que quería era cumplir con el compromiso de rigor para que nadie pudiera decir que no apoyaba a la familia cuando más lo necesitaba. Puro teatro. Pura hipocresía.

— ¿No os habéis enterado? —Siguió hablando Chema —Parece que encontraron un donante compatible y mañana mismo le operan.

— ¿Tan pronto?

—Le ingresaron para eso, pero al parecer el anterior donante no servía y estaba esperando otro. Hoy se han pasado todo el día haciéndole pruebas. Le he visto salir lo menos cuatro veces en la camilla y a sus padres rondando por el pasillo toda la mañana. También estaba la chica esa que desde hace una semana le viene a ver casi todos los días. Parece una tía maja. Ayer me la encontré en la sala y estuvimos hablando un rato.

—Los hay con suerte —apuntó Raúl torciendo el gesto —, encima está buena. ¿Tú qué opinas, Arthur?

— ¿Sobre qué?

—Sobre el calentamiento global, no te jode —Chema le dio un empujón con el pie —Que qué te parece la chica. Yo la veo un poco plana y delgaducha. Me gusta poder agarrar bien.

—Habló el gordo. Y la chica, que por cierto se llama Sara, parece muy agradable y simpática. —Arthur no quería entrar en una conversación sobre los pechos de la novia de Daniel, y menos después de su encontronazo días atrás.

— ¿Y ahora por qué te pones tan serio, tío? —Le preguntó Chema, al parecer molesto por no seguirle el juego —Desde cuándo te molesta hablar de tetas.

—Todavía le dura la bronca con Dani, déjale —intervino Raúl —como no nos quiere contar que pasó...

—Ni os importa tampoco —respondió Arthur tajante. No soportaba esa clase de interrogatorios. Si no quería hablar de ello sería por algo.

Cansado de estar allí sentado aguantando a esos dos, Arthur se levantó, se calzó las zapatillas y salió al pasillo. De fondo escuchó las quejas de Chema, pero no le importó lo más mínimo. Metió las manos en los bolsillos de la chaqueta del pijama y fue a refugiarse en la salita del fondo a pasar el rato solo leyendo sin pesados alrededor. Sentado junto a la ventana, únicamente acompañado por una pila de libros medio desojados y periódicos de días pasados, se preguntó por qué tenía tantas ganas de salir del hospital si no había nada en el mundo exterior que le llamase la atención. Daba igual fuera que dentro, los tonos de grises no cambiaban. Con el viejo ejemplar de "El hombre en el castillo" abierto ante él, su mente comenzó a divagar. Si hubiese muerto aquel día, ¿El mundo sería diferente?, ¿Alguien me echaría de menos? No quería recordar esa fatídica noche con los Caballeros de la red, pero inevitablemente imágenes sueltas acudían a su memoria, atormentándole. Ya era la segunda vez que le dejaban tirado ahogándose, muriéndose, literalmente. Eso le hacía a uno

pensar sobre si la vida de una persona tiene importancia o relevancia para el mundo en general o, para alguien, aunque solo fuese una persona. Arthur estaba convencido de que su muerte no afectaría a nadie. Quizás a sus padres y tampoco mucho. Su madre quizás montase una escandalera, siempre fue y sería una drama Queen. Pero su padre, mucho más pragmático en todos los sentidos, lo aceptaría rápido. Y quien sabe, ahora que estaban divorciados podían rehacer su vida cada uno por su lado. Quizás les hubiese hecho un favor si ese día nadie le hubiese encontrado tirado en la calle y avisado a la ambulancia. Tragó saliva y se humedeció los labios resecaos. Esos pensamientos eran demasiado tétricos, incluso para él. Pero ¿Qué debía hacer expulsarlos de su cabeza sin que regresasen una y otra vez?

Esa noche Arthur casi no tocó la carne guisada y la tarta de manzana que tanto le gustaba. Junto con el arroz con leche, era lo único medio comestible que servían en aquel hospital. Desde hacía unas horas, una especie de nudo en la garganta le impedía meter nada en el estómago. No dejaba de darle vueltas a su discusión con Daniel y a la operación que su amigo se enfrentaría a primera hora de la mañana. Al fin de al cabo era su amigo. Ya era segunda vez que coincidían en la misma planta del hospital. Aunque solo fuesen unos meses el tiempo que habían compartido, le conocía lo suficiente como para saber lo asustado que debía estar en esos momentos. Seguro que todo saldría bien, pero ¿y si...? No quería que el último recuerdo que Daniel tuviera suyo fuese el espectáculo tan bochornoso que montó delante de su novia por pura envidia. Tras media hora dándole vueltas al asunto, a las diez en punto salió de la habitación. Pasaron unos minutos hasta que logró Convencer a las enfermeras con sus dotes de oratoria y su habilidad para poner cada de cordero degollado hasta que le dejaron pasar a la habitación de Daniel.

—Quince minutos solo —le avisó Maite anudándole el cinto de la bata —Y abróchate. Mira cómo vas. ¿O es que quieres pasarte otro mes aquí conmigo?

Maite era una mujer curiosa y desconcertante; a veces se comportaba como una madre y otras como una niña pequeña.

—No estaría mal tenerte de enfermera particular.

—Ni en tus sueños, guapo. —Maite le revolvió el cabello rubio ceniza, le agarró por los hombros y le acompañó a la habitación de Daniel —. Ah, se me olvidaba decirte. Su novia nos pidió permiso para quedarse con él hasta que venga su madre a eso de la una. No quiero escenitas como la del otro día.

— ¿Cómo...? Este hospital está lleno de cotillas. ¿Hay algo de lo que no te enteres?

—Anda, calla y ve antes de que ella regrese. Ha bajado a la cafetería a cenar. Aprovecha.

Dudando sobre si había sido una buena idea visitar a su amigo, Arthur se quedó esperando en la puerta mientras Maite entraba primero y hablaba con Daniel. A los pocos minutos, la enfermera salió y dio un pequeño empujón en la espalda de Arthur para que pasara de una vez y cerró la puerta. Un escalofrío recorrió a Arthur de pies a cabeza al verle con la mascarilla que le tapaba la nariz y la boca conectada por un largo tubo transparente a esa espantosa máquina para despejar las vías respiratorias que le había tocado usar también a él en alguna ocasión. Hasta su nombre era desagradable; exuflador. Las luces de la parte de arriba de la camilla estaban encendidas pero el resto de la habitación se encontraba a oscuras. El contraste de luces daba un aspecto aún más enfermizo al rostro de Daniel.

Sin saber cómo empezar una conversación que no empezara por el típico y manido: Eh, ¿Cómo andas? o ¿Qué tal estás? Preguntas absurdos en esa situación. Arthur se limitó a quedarse parado en la entrada apretando las manos dentro de los bolsillos de la bata evitando mirarle directamente.

Daniel se quitó la mascarilla y la dejó encima de su pecho cubierto con varias sábanas.

— ¿Qué haces ahí parado como un fantasma? Me está poniendo nervioso mirándome así.

—Perdona. No... —Arthur dio unos pasos al frente y se sentó en el sofá cama de la pared situada a la izquierda de la cama. Vio un abrigo morado colocado en un extremo y un bolso de mujer. Supuso que serían propiedad de Sara.

—Es una sorpresa verte aquí. Pensé que ya no querrías saber nada de mí.

Arthur miró a Daniel sorprendido por esas palabras. ¿No se suponía que debería ser al contrario? Lanzó un largo suspiro y dijo:

—Lo siento, ¿vale? Me comporté como un auténtico gilipollas. Lo sé. Debería pensar antes de hablar, pero mi boca se mueve sola en ciertas situaciones y aunque quiera evitarlo cuando empiezo me resulta casi imposible parar.

—Lo sé. No pasa nada. Lo comprendo.

—Si pasa —insistió Arthur. De nuevo volvía a salir a relucir esa actitud condescendiente de su amigo que tan nervioso le ponía —. Traté de ridiculizarte delante de tu novia, te dije unas cosas bastante...muy desagradables. No me digas que no fue nada. Deberías estar furioso conmigo.

— ¿Por qué? Ya me has dicho que lo dijiste sin pensar. Te creo. No le des más vueltas.

— ¿A caso te da igual que te dijese esas cosas? ¿No te importa?

—No entiendo que quieres que te diga, Arthur. ¿Qué estoy enfadado contigo? ¿Eso es lo que quieres oír?

—Quiero entender la razón por la que no lo estás. Eso es lo que quiero que me digas.

Daniel desvió los ojos hacia el techo de la habitación y tosió. El sonido que emitieron sus pulmones le recordó al de un motor de coche intentando arrancar.

—Quizás porque entiendo cómo te sientes. Yo también me sentí así hace años.

— ¿Así cómo?

—Me compadecía de mí mismo.

Una sonrisa socarrona se dibujó en los labios de Arthur.

—Tú qué sabes cómo me siento.

—Pensaste que asustando a Sara iba a alejarse de mí porque te dio rabia verla a mi lado.

—Ok, si, no niego que me diera algo de envidia que una chica guapa te visitase mientras que yo solo recibo visitas de mis padres. — Tal despliegue de franqueza le incómodo. Daniel nunca le había hablado de esa forma. —Es algo normal el sentirse así. ¿Qué tiene que ver eso con compadecerse de uno mismo?

—Te dio envidia que ella, aun conociendo mi enfermedad, siguiera conmigo y vinera a verme al hospital. Eso es lo que realmente te molestó.

De nuevo Arthur dejó escapar otra sonrisa. Se reclinó en el sofá cruzó las

piernas y ladeó la cabeza.

—Muy seguro estás de ella. Hablas con tanta seguridad que parece que tratas de convencerte a ti mismo. Eso se le llama autoengaño.

— ¿Ves? Ya empiezas de nuevo.

— ¡Vamos! Sé realista. ¿Cuánto le va a durar el interpretar el papel de novia del pobrecillo Daniel? Si ni siquiera te atreviste a contarle las partes más desagradables. ¿Por qué si estás tan seguro de su "amor" no le explicaste todo con pelos y señales?

—Lo primero, no es mi novia. Y lo segundo, fui yo quien la rechazó cuando se me confesó. No la dije nada porque no quiero hacerla daño. Porque sé que puedo morir mañana y en el mejor de los casos, si salgo de esta no quiero arruinar su vida haciéndola cargar conmigo.

Sin saber que contestar a eso, Arthur se quedó callado sintiendo vergüenza de sí mismo por meterse en la vida de Daniel de esa forma. Nunca hubiese imaginado que fuese él quien la rechazara. ¿Pero quién era él para juzgar la vida de otros?

— ¿Ya estas feliz? Ahora que sabes que no es mi novia y que posiblemente nunca tendré una.

— ¡Como puedes pensar que voy a estar feliz por eso! ¿Y que tonterías son esas de que nunca tendrás una? Mañana cuando te operen y dentro de unos meses salgas de aquí como nuevo ya ver...

—No sabes la suerte que tienes, Arthur —le interrumpió Daniel. Al escuchar su voz ronca y débil quebrada por las lágrimas, su corazón dio un vuelco y el nudo de su garganta aumentó. Algo se tambaleaba dentro de él —. Si te quisieras un poco, dejases de auto compadecerte y echarle las culpas a los demás de todos tus problemas, dejarías de sentirte así. Daría lo que fuera por estar en tu lugar ahora mismo. Lo que fuera.

—Y yo daría lo que fuera por que alguien me mirase de la forma en que te mira Sara. Eres un grandísimo gilipollas si la alejas de tu lado. No tienes ni puta idea de lo que tienes —le respondió haciendo un esfuerzo sobrehumano por mantener el control y no desmoronarse frente a Daniel. Eso jamás.

Ocultando el rostro con el delgado antebrazo, Daniel lloró en silencio.

—No quiero que ella me vea así —logró decir entre balbuceos —le dije que no volviera y no me hizo caso...pero cuando no está solo quiero verla de

nuevo, a mi lado. Tengo tanto miedo.

—Pues díselo. Pareces tonto. Se nota que ella te quiere. Deja de decidir por los demás.

De pronto escuchó el ruido de la puerta al abrirse. Sara apareció en la habitación mirándoles con gesto desconcertado. Al notar algo cálido y húmedo resbalando por sus mejillas, Arthur se llevó con disimulo la manga de la bata a los ojos.

—Perdón, no sabía que estabas...si quieres vuelvo luego...

—Ya me iba, no te preocupes —le dijo de inmediato Arthur tratando de sonreír con normalidad —.Solo me he pasado a desear que todo salga bien mañana.

Escondiendo el rostro ante Sara pasó a toda prisa a su lado. Pero antes de marcharse giró la cabeza y sin dejar de sonreír le dijo a Daniel:

—Mañana por la tarde cuando hayas salido del quirófano me pasaré a verte. Espero que la Terminator me deje, ya sabes como es.

Él asintió y le dio las gracias.

—Cuida de él, Sara. En el fondo es un llorica de cuidado.

—Para eso estoy aquí —respondió ella acercándose a Daniel. Mientras acariciaba su rostro empapado por las lágrimas le dedicó una sonrisa tan dulce y tierna que desgarró el corazón de Arthur sumiéndolo en la soledad más absoluta.

De nuevo en su habitación, llevándose las manos al rostro para contener las abrasadoras lágrimas en la oscuridad, encontró la respuestas a la preguntas que se hizo horas antes.

Capítulo 5